

EL OTRO CITIZEN

Nelfer Velilla González

Nació en Maicao, La Guajira, en 1990. Es Filólogo hispanista de la Universidad de Antioquía. Durante el 2019, vivió en Filipinas, país en el que enseñó la lengua española y la cultura colombiana a diplomáticos del continente asiático. Actualmente, reside en Medellín donde se dedica a la escritura. Fue finalista del iv y v Concurso Nacional de Cuento La Cueva. Participó como escritor invitado en Los Cuentos de La Cueva por Colombia, en cuya editorial ha publicado varios de sus cuentos. Además, ha escrito para El Magazín de *El Espectador* y algunas revistas literarias.

Daba la impresión de que se le fragmentaba el alma cada vez que profería un insulto. ¿Acaso en la calle importa eso?, me preguntaba cuando, frente a la Minorista, sentados sobre un plástico negro o cajas de huevo aplastadas, mi compañero lanzaba improperios a cualquiera que pasaba por la autopista Regional. Prestarle atención, para mí, solo era una manera de matar el tiempo, de calcular los días en el tamaño de su barba canosa, en la negrura de sus párpados, en la resequedad amarillenta de sus labios, en la fuerza que se iba desgastando en los insultos, como si el derruirse de su alma fuera una especie de reloj que daba razón de nuestra miseria compartida. Un reloj en cuenta regresiva, a fin de cuentas.

Me cuestionaba si acaso debía darle una buena trompada cuando volviera a dirigirse a mí de manera soez; sin embargo, al final, yo resolvía que él podía decirme como le viniera en gana. Igual compartíamos la fogata nocturna hecha con los deshechos útiles de la ciudad, esos que de manera paciente rebuscábamos en las canecas naranjas de los postes en Prado Centro, deseando contar con suerte y hallar cualquier perro caliente a medio comer, cualquier salechipapa vencida, cualquier fresquito sin terminar.

Alrededor de la fogata nos agrupábamos con jóvenes silenciosos y malolientes, mujeres fuertes pero de rasgos envejecidos y esqueléticos, ancianos de sombreros de papel y ponchos raídos. Entonces mi compañero decía que era el otro *citizen* y contaba las historias más inverosímiles, repartiéndoles a todos unos maricas enfáticos, unos hijueputas atroces, pendejos, putas, pirobos y gonorreas, mientras yo veía su alma moverse, resquebrajarse, abrirse camino hacia la inexistencia, como si mi compañero se calentara y el alma fuera una sustancia que se rigiera por leyes termodinámicas. O al menos a mí me daba esa impresión. Sin embargo nadie lo escuchaba. Algunos decían en voz baja que se la había fumado verde o que se había *huelido* un ladrillo. No era mentira que mi compañero estaba bajo el efecto de alguna sustancia ridículamente barata. De hecho, era probable que todos estuvieran en ese mismo estado. Lo cierto es que no les importaban las proposiciones necias, les importaba más enfocarse en maneras para apaciguar su hambre colectiva. La voz de mi compañero no era más que un conjunto lejano de palabras que perdían peso, que se pudrían cuando se acercaban al circuito de la lógica plañidera y desesperanzada de nuestros cohabitantes

en la intemperie: una lógica que chocaba con cualquier evocación pretérita de mi compañero, quien aseguraba haber descubierto los secretos del estado, la cura del sida, los alienígenas del área 51, el elixir de vida eterna, y que el gobierno de la USA lo había catalogado como *the wrong citizen* y simplemente no iban a aceptar sus hallazgos; por ello, habían organizado un complot para dejarlo en la calle y hacerlo pasar por lunático.

Un día, frente a la fogata, vi que se fue detrás de un árbol lejano, bajando una pequeña pendiente verde de las que se enorgullece la ciudad, e hizo sus necesidades. Medellín estaba despertándose. En medio del humo del amanecer, presté atención al encender de la Minorista a medida que el sol se empezaba a asomar detrás de la montaña y que aumentaba progresivamente el tráfico, con ese sonido estentóreo de pitos, de rezago y malas pulgas de los habitantes de bien de la ciudad. Cuando mi compañero regresó, le dije que si sabía todos esos secretos, si era un genio, por qué no se dio cuenta del complot y lo evitó para salirse con la suya. Claro que me di cuenta, dijo después de un impropio, y claro que me salí con la mía, gran güevón, porque yo al fin y al cabo quería esto, quería una excusa para ver el mundo desde adentro de un escupitajo. Con un dolor en el abdomen a causa de mis úlceras estomacales, vi cómo su alma seguía enfilándose hacia la quietud definitiva de la nada, y me quedé en silencio.

En cierta ocasión se fue a hacer uno de sus peregrinajes vespertinos, a pedir limosnas, una ayuda para este pobre hombre, a los buseros, taxistas y circunstanciales del centro, a los cuales agraviaba cuando no le daban ni un peso, costumbre de la que quienes lo conocían ya se burlaban. Esa noche no regresó, y ya yo no volví a verlo. Uno de los muchachos raquíuticos me preguntó después que dónde se había metido “el otro citizen, el loco”, y se rio para sí mismo diciendo que el cucho estaba desquiciado. Después se largó en un soliloquio en voz baja y no esperó a que yo le contestara que no tenía ni idea de dónde se hallaba. Al principio pensé que era normal que lo llamaran de esa manera, el loco, pero luego me di cuenta de que esa palabra no me traía a la mente la imagen de mi compañero. De alguna manera su barba de dálmata senil, su piel atezada y reseca, su ropa acabada, sus uñas cetrinas, no encajaban en la categoría lanzada por el enjuto muchacho, como si este hubiera tratado de lastimarlo con una piedra que igual arrojó en otra dirección. Pero al darme cuenta de lo impreciso que él había sido, también me percaté de que yo ni siquiera sabía cómo se llamaba mi compañero.

Cuando nos mandaron a los policías para sacarnos de la zona verde aledaña a la Minorista, aproveché para internarme durante una noche por las calles de Prado Centro. Fui hasta la Plaza Botero y me regresé por los bajos del metro hasta la estación Universidad. Paré en todas las canecas anaranjadas y el balance fue positivo: un sánduche del Éxito como de dos días de vencido, media mandarina y una bolsita de avena apenas empezada. No obstante, yo no estaba únicamente buscando comida. Había decidido caminar para ver si, por casualidad, encontraba a mi compañero. Pensaba que podría sorprenderlo recostado en una de las vigas del Metro, frente a grandes grafitis de perros con cabezas gigantes, o de caricaturas de *gansters* medellinenses, o uno de eso metagrafitis donde una lata de aerosol suspendida en el aire hace otro grafiti de otra lata y así sucesivamente. Quizá, pensé, lo hallaré con otro grupo de personas más interesadas en sus absurdas historias, a tal punto de que sean capaces de tolerarle su mala lengua y su avidez para el insulto.

Poco después me olvidé de él. En algún momento pensé que extrañaba sus ocurrencias y que, de alguna extraña forma, su compañía me era útil para confirmar el tiempo que se nos escapaba frente a nuestras narices. Un tiempo que no se nos era dado a entender: un tiempo de otros, de aquellos que dominan la puntualidad, o de los que llevan prisa porque van tarde, o de a quienes no les importa esperar el siguiente tren hasta que calme la hora pico. A mí la presencia de mi compañero me entretenía más que el encender de la Minorista o de las fábricas de arepa, debajo de cuyos techos me dormía cuando nos evacuaron, nos dispersaron por la ciudad y yo me fui persiguiendo a los demás astrosos de la noche, porque no quería quedarme solo.

A medida que pasaban los días, más se me antojaba mi compañero como uno de esos animales feos que a fin de cuentas prestan compañía, y cuya ausencia, sin embargo, no se lamenta demasiado.

El día en que finalmente me lo mostraron, vi que su alma era menos consistente que los harapos que vestía, ya le quedaba muy poca. Dejé de perseguir a las mujeres huesudas, a los viejos con sombreros de papel y hasta a los jóvenes raquíticos. Entonces me interné y me quedé solo en las deletéreas noches de Medellín. Sin que pudiera insultarme otra vez, vi que las sobras del alma de mi compañero, tan pequeñitas, apenas se le asomaban por los inertes, húmedos ojos que sacaron del río por Industriales. Y una noche, hace solo unas noches, supe por fin su nombre cuando lo leí en el periódico que ahora me cobija. ■